

LA MUJER AGRADECIDA

Una mañana una mujer bien vestida se detuvo frente a un hombre desamparado, quien lentamente levantó la vista y miró a la mujer que parecía acostumbrada a las cosas buenas de la vida. Su abrigo era nuevo. Parecía que nunca se había perdido de una comida en su vida. Su primer pensamiento fue: Solo se quiere burlar de mí, como tantos otros lo han hecho.

—¡Déjeme en paz! —gruñó el indigente.

La mujer no se movió. Ella sonreía; sus dientes blancos mostraban destellos deslumbrantes.

—¿Tienes hambre? —preguntó ella.

—No —contestó sarcásticamente el hombre—. Acabo de llegar de cenar con el Presidente. Ahora, ¡váyase! La sonrisa de la mujer se hizo aún más grande. De pronto el hombre sintió una mano suave bajo el brazo.

—¿Qué hace usted, señora? —preguntó el hombre, enojado—. Le digo que me deje en paz.

En ese momento un policía se acercó.

—¿Hay algún problema, señora? —le preguntó el oficial.

—No hay problema aquí, oficial —contestó la mujer—. Sólo estoy tratando de ayudar a este hombre para que se ponga de pie. ¿Me ayudaría?

El oficial se rascó la cabeza.

—Sí, el viejo Juan. Ha sido un estorbo por aquí los últimos años. ¿Qué quiere usted con él?

—¿Ve la cafetería de allí? Voy a darle algo de comer y sacarlo del frío por un rato.

—¿Está loca, señora? —el pobre desamparado se resistió—. Yo no quiero ir ahí.

Entonces sintió dos fuertes manos agarrándolo de los brazos. Y lo levantaron.

—Déjeme ir oficial. Yo no hice nada.

—Vamos Viejo, esta es una buena oportunidad para ti — le susurró el oficial al oído.

Finalmente, y con cierta dificultad, la mujer y el agente de policía llevaron al viejo Juan a la cafetería y lo sentaron en una mesa en un rincón. Era casi mediodía, y la mayoría de la gente ya había almorzado.

El gerente de la cafetería se acercó y preguntó:

—¿Qué está pasando aquí, oficial? ¿Qué es todo esto? ¿Este hombre está en problemas?

—Esta señora lo trajo aquí para que coma algo —respondió el policía.

—¡Ah no, aquí no! —respondió el gerente airadamente—. Tener una persona como ésta aquí es malo para mi negocio.

El viejo Juan esbozó una sonrisa con sus pocos dientes.

—Señora, se lo dije. Ahora sí, ¿me dejará ir? Yo no quería venir aquí.

La mujer se dirigió al gerente de la cafetería y sonrió.

—Señor, ¿está usted familiarizado con Hernández y Asociados, la firma bancaria que está a dos calles?

—Por supuesto que los conozco —respondió el gerente con impaciencia—. Ellos tienen sus reuniones semanales en una de mis salas de banquetes.

—¿Gana usted buen dinero con el suministro de alimentos en estas reuniones semanales? —preguntó la señora.

—¿Y eso qué le importa a usted?

—Yo, señor, soy Penélope Hernández, presidente y dueña de la compañía.

—Perdón —dijo el gerente, sorprendido y avergonzado.

La mujer sonrió de nuevo.

—Pensé que esto podría cambiar un poco el trato —le dijo al policía, que trataba de contener una carcajada.

—¿Le gustaría tomar con nosotros una taza de café o tal vez una comida, oficial?

—No, gracias, señora. Estoy en servicio.

—Entonces, quizás, una taza de café para llevar.

—Sí, señora. Eso estaría mejor.

El gerente de la cafetería giró sobre sus talones como recibiendo una orden.

—Voy a traer el café para usted de inmediato, señor oficial.

El oficial lo vio alejarse, y opinó:

—Ciertamente lo ha puesto en su lugar.

—Eso no fue mi intención —dijo la señora—. Lo crea o no, tengo una buena razón para todo esto.

Se sentó a la mesa frente a su invitado a cenar. Ella lo miró fijamente.

–Juan ¿te acuerdas de mí?

El viejo Juan miro su rostro con los ojos lagañosos.

–Creo que sí. Digo, se me hace familiar.

–Mira, Juan, quizá estoy un poco más grande, pero mírame bien –dijo la señora–. Tal vez me veo más llenita ahora; pero cuando tú trabajabas aquí hace muchos años vine aquí una vez, por esa misma puerta, muerta de hambre y frío.

Algunas lágrimas posaron sobre sus mejillas.

–Yo acababa de graduarme de la universidad en mi pueblo y había llegado a la ciudad en busca de un trabajo, pero no pude encontrar nada.

Con la voz quebrantada la mujer continuó:

–Cuando me quedaban sólo unos centavos y me habían corrido de mi apartamento caminaba por las calles. Era en febrero y hacía frío. Casi muerta de hambre vine a este lugar. Entré con poca posibilidad de que podría conseguir algo de comer.

Con lágrimas en los ojos la mujer siguió platicando:

–Juan me recibió con una sonrisa.

–Ahora me acuerdo –dijo Juan–. Yo estaba detrás del mostrador de servicio. Usted se acercó y me preguntó si podría trabajar por algo de comer.

–Sí, y me dijiste que estaba en contra de la política de la empresa –continuó la mujer–. Entonces, tú me hiciste el sándwich de carne; el más grande que jamás había visto. Me diste una taza de café y me fui a un rincón a disfrutar de mi comida. Tenía miedo de que tuvieras problemas. Luego, cuando miré y te vi poner el precio de la comida en la caja registradora, supe entonces que todo iba a estar bien.

–¿Así que usted comenzó su propio negocio? –preguntó el viejo Juan.

–Sí, encontré un trabajo esa misma tarde. Trabajé muy duro y me fui hacia arriba con la ayuda de mi Padre Dios. Eventualmente empecé mi propio negocio, que prosperó.

Ella abrió su bolso y sacó una tarjeta.

–Cuando termines aquí, quiero que vayas a hacer una visita al señor Martínez. Él es el director de personal de mi empresa. Iré a hablar con él y estoy segura de que encontrará algo para que puedas hacer en la oficina –ella sonrió–. Creo que incluso podría darte un adelanto, lo suficiente para que puedas comprar algo de ropa y conseguir un lugar para vivir hasta que te recuperes. Si alguna vez necesitas algo, mi puerta está siempre abierta para ti, Juan.

Hubo lágrimas en los ojos del anciano.

–¿Cómo voy a agradecer? –preguntó

–No me des las gracias –respondió la mujer–. A Dios dale la gloria. Él me trajo a ti.

Afuera de la cafetería, el oficial y la mujer se detuvieron.

–Gracias por toda su ayuda, oficial –dijo la señora Hernández.

–Al contrario –dijo el oficial–. Gracias. Vi un milagro hoy, algo que nunca voy a olvidar. Y gracias por el café.